



MAU. — Pues diría la verdad.
PEPA. — Y qué gracioso es V.
MAU. — Siempre has tenido
tú mucha penetración.
PEPA. — Por supuesto... Cómo
sigue D.^a Isabel?

MAU. — Eso se lo preguntas á los señoritos.
PEPA. — Perdone el señor menistro; V. sí que tiene mucha penetración.

MAU. — Toma, toma, ya lo creo; como que jasta soy capaz d'adivinar la cartita que t'ha dao la ceñorita pa el mono rubio; ves tú como estoy al cabo de la calle.

PEPA. — Verá; á mí no me enrede.
MAU. — Quien te va á desenredar á ti, va á ser er ceñor, y en luego D. Ramón y deseguida D.^a Filomena.

PEPA. — Ni á D. Ramón ni á D.^a Filomena, tengo yo que dar cuenta de mis actos, y á V. menos.

MAU. — Ni ar ceñor tampoco, por supuesto.

PEPA. — Eso, según y conforme, como dicen en esta casa; porque vamos al decir, qué culpa tiene una si le manda la señorita...

ESCENA II

Dichos, D. PABLO
(sale de su cuarto).



PAB. — Pts...! Desgraciada...! Si de cuanto ha pasado con la señorita, te atreves á decir una palabra, juro arrancarte la lengua. ¿Está ya eso?
PEPA. — Sí, señor; ¿si quiere V. ver la ropa?
MAU. — Largo, ó te hecho á puntapiés.
PEPA. — Que VV. lo pasen (*Mutis, Pepa*) bien.
MAU. — La del humo y viento en popa.
PAB. — Mauricio, confío en que por tu parte...
MAU. — Nunca, D. Pablo; no faltaría más!... Ni esto!
PAB. — Te supongo enterado de cuanto pasó ayer, y... creo inútil decirte...
MAU. — Como si no; nada, D. Pablo, calle usted por Dios...! Pobre ceñor.

PAB. — Al señorito le dices que para nada salga de casa; que yo lo mando.
MAU. — Pierda V. cuidado... Y á D. Ramón?

PAB. — Sube á ver si está. (*Llaman*). Han llamado... Será él.
(*Mauricio va á abrir y vuelve con D. Ramón*).

ESCENA III

D. PABLO, D. RAMÓN, MAURICIO
en segundo término.

PAB. — Iba á subir.
RAM. — Para qué...? Ya te dije que yo cuidaría de todo.

PAB. — Tienes los recibos?

RAM. — Sí, hombre, sí, y recogidas las firmas.

PAB. — Lo ves, lo ves? y D. Ricardo?

RAM. — D. Ricardo nada sabe, ni es fácil que lo sepa; por otra parte, no le sorprende que antes de salir para Londres le impongas un severo castigo.

PAB. — (*Receloso*). ¿Y del lance entre...?

RAM. — Ni una palabra; Mr. Delonay es el único, y puedes estar seguro que por él nadie sabrá nunca...

PAB. — Ayl Ramón; son ya muchos los que lo saben.

RAM. — Nada temas; Mr. Delonay dice lo que yo: el chico es joven; calaveradas.

PAB. — No, no le defiendas; sería inútil... y Carmen? Qué merece esa maldita.

RAM. — Pts...! Más bajo; quedo, por Dios...! puede enterarse Isabel; ¡pobre Isabel! Cómo sigue?

PAB. — Qué sé yo; ha dormido mal; es decir, no ha dormido, ha llorado... ¿Quieres verla?

RAM. — Luego; en cuanto baje mi hermana... Tú sales?

PAB. — Sí; me aguarda el coronel; puedes quedarte.

RAM. — Ahora no; te acompañaré cinco minutos y vuelvo.



RAM. — Vamos, Pablo! Vamos y no te sulfures.

ESCENA IV

MAURICIO; luego ISABEL, se deja caer en una butaca

MAU. — Pobre amigo mío! Eso son disgustos... Tan bueno... Vaya, estos chicos no tienen perdón de Dios... Claro, como que too se lo consienten... Apuesto yo estas á que no va er ceñorito ar quartel, ni la ceñorita ar convento; quía...! Quien se irá será D. Pablo... lo mesmo que el año pasao... y ar fin y á la postre too lo pagará la señora, como siempre. (*Pausa*). ¿Cómo está V., doña Isabel?

ISAB. — Débil... Fatigada.

MAU. — ¿Tampoco pudo V. descansar esta noche?

ISAB. — Tampoco... ¿El señor ha salido?

MAU. — Sí, señora: se fué con D. Ramón y me encargó dijese al señorito que no salga de casa jasta nueva orden; creo que esta mesma mañana...

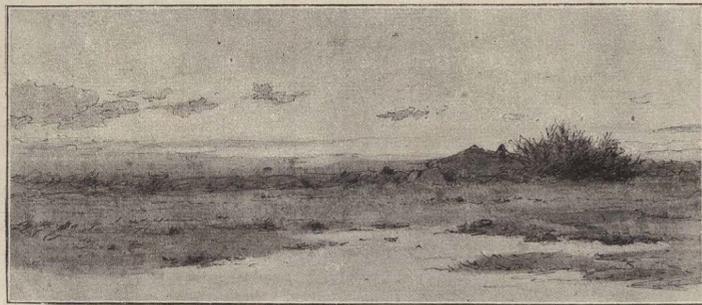
ISAB. — Sí, sí; lo sé; basta, Mauricio, no hablemos más de ello. Virgen Santa, amparadme. (*Pausa*).

MAU. — ¿Desea la señora le sirva el chocolate?

ISAB. — Como quieras.

MAU. — Se lo servirá aquí mesmo, y ánimo; estará más recojía. (*Mutis*).

ISAB. — Bueno! (*Mirando el péndulo*). Las diez y media. ¿Dormirán todavía? No es fácil.



ESCENA V

D.^a ISABEL, CARMEN; por la izquierda MAURICIO, con el chocolate.

CARM. — ¿Está en casa papá?

ISAB. — No, hija, no; ha salido con D. Ramón.

MAU. — Cuando guste la señora.

CARM. — ¿Y mi chocolate, dónde está? ¿Qué hace Pepa...? No oyes...?

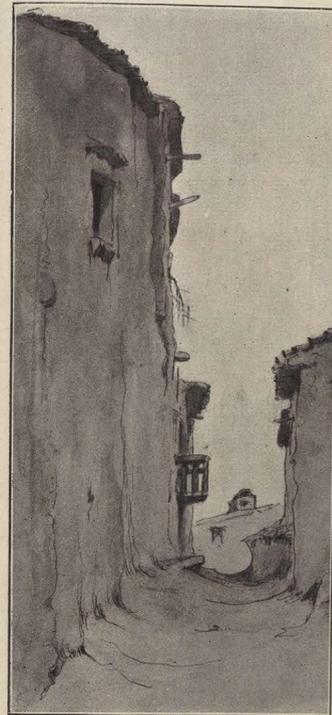
MAU. — Si Pepa se lo ha de servir tiene pa rato la señorita.

CARM. — ¿Qué quieres decir?

MAU. — Que está ya despedida pa siempre.



Propiedad de don M. Peiffer.



ISAB. — Ayl Carlos, ni media palabra; puedes estar seguro.
CÁRLOS. — Tú lo sabrás.

ISAB. — Lo que sé es que todo se descubrió; que por poco tenemos que llorar una desgracia; que tu papá está furioso, que no he dormido esta noche y que entre todos acabareis conmigo.

CÁRLOS. — Bien, vamos al caso: ¿me das ó no los cincuenta duros?

ISAB. — ¿Y de dónde quieres que los saque?

CÁRLOS. — ¿De dónde los sacas para comprar vestidos, sombreros y tantos perifollos, como llevaba el jueves tu Carmencita?

ISAB. — Pues de los treinta duros que me dió tu papá.

CÁRLOS. — Treinta duros? ¡Ja! ¡Ja! Te figuras que estoy en Babia; eso es, para Carmen todo, para bajo palabra...

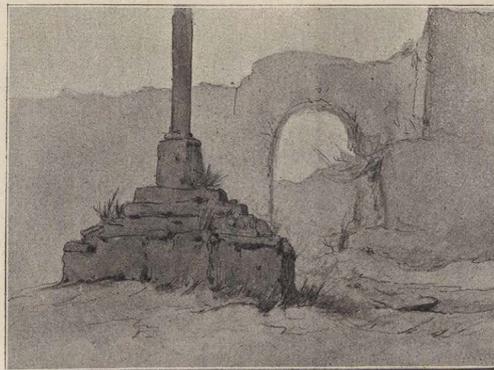


ESCENA VII

Dichos, CARMEN

CARM. — Sí, bajo palabra de jugador.

CÁRLOS. — Carmen, Carmen, acuérdate de ayer y no volvamos á las



Propiedad de don S. Cuesta.

ISAB. — Toma, Carmen, toma el mío.

MAU. — Magnífico...! Y la señora?

ISAB. — No; si es que no tengo apetito.

CARM. — Pues ve, llévalo á mi cuarto. (*Mutis, Mauricio*). Dime, mamá: ¿Qué ha pasado esta mañana?

ISAB. — ¿Esta mañana?

CARM. — Sí; no te hagas la desentendida.

ISAB. — ¡Ayl hija, sólo he visto á Mauricio.

CARM. — Qué casualidad. (*Mutis*).

ESCENA VI

D.^a ISABEL casi llorando, luego CARLOS

ISAB. — Escucha, Carmen, escucha... Ni una frase de cariño! Ni un beso...! ¡Nada!

CÁRLOS. — ¿Está fuera papá?

ISAB. — Sí, Carlos, y me encargó te dijera que para nada salgas de casa.

CÁRLOS. — Eso quiere decir que tú ya le has contado...

ISAB. — Ayl Carlos, ni media palabra; puedes estar seguro.

CÁRLOS. — Tú lo sabrás.

ISAB. — Lo que sé es que todo se descubrió; que por poco tenemos que llorar una desgracia; que tu papá está furioso, que no he dormido esta noche y que entre todos acabareis conmigo.

CÁRLOS. — Bien, vamos al caso: ¿me das ó no los cincuenta duros?

ISAB. — ¿Y de dónde quieres que los saque?

CÁRLOS. — ¿De dónde los sacas para comprar vestidos, sombreros y tantos perifollos, como llevaba el jueves tu Carmencita?

ISAB. — Pues de los treinta duros que me dió tu papá.

CÁRLOS. — Treinta duros? ¡Ja! ¡Ja! Te figuras que estoy en Babia; eso es, para Carmen todo, para bajo palabra...

andadas... Mamá, á toda trance necesito ese dinero.

ISAB. — Pero hijo mío, si no tengo un céntimo. Si supiera tu padre lo que por ti estoy debiendo.

CÁRLOS. — ¿Y por Carmen, no debes nada?

CARM. — Que no te metas conmigo.

CÁRLOS. — Me da la real gana y se acabó. CAR. — Pues yo diré á todo el mundo que juegas, que no vas al despacho, que te han echado.

CÁRLOS. — Cállate, deslenguada. Siempre de feria en el balcón, haciendo señas á esos memos, coqueteando descaradamente; sin vergüenza... ni...

CARM. — Carlos mira que lo digo todo.

CÁRLOS. — Qué vas á decir tú, charlatana?

ISAB. — Carlos! Carmen! Por todos los santos del cielo; me estás matando.

ESCENA VIII

Dichos, D.^a FILOMENA

FIL. — ¿Qué escándalo es éste? Otra vez...? Es que no tenéis entrañas? Ay! Qué tonta eres. Conmigo habrían de entenderse.

CÁRLOS. — D.^a Filomena, ya está V. de más aquí.

FIL. — Perfectamente, muy bien; y V. señorita Carmen...

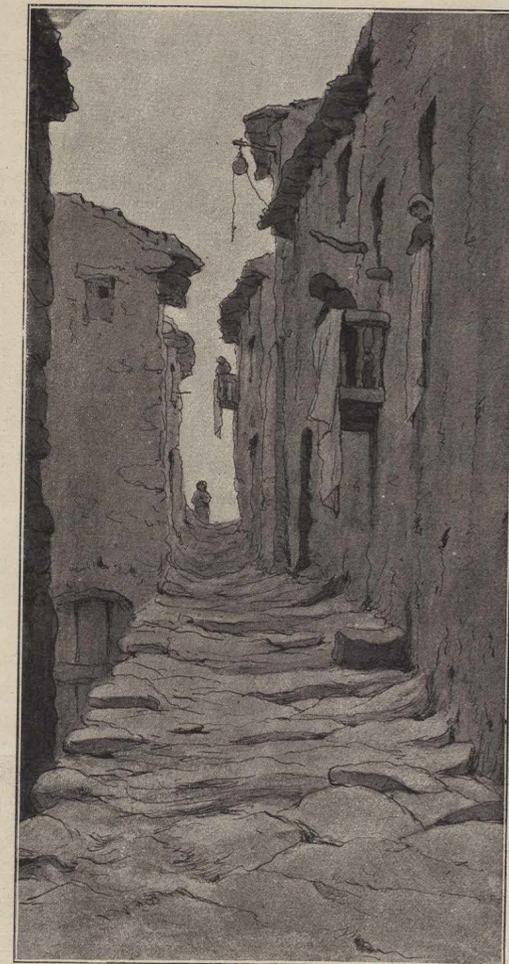
CARM. — Cuida V. de su casa.

ISAB. — Carmen! Carlos!

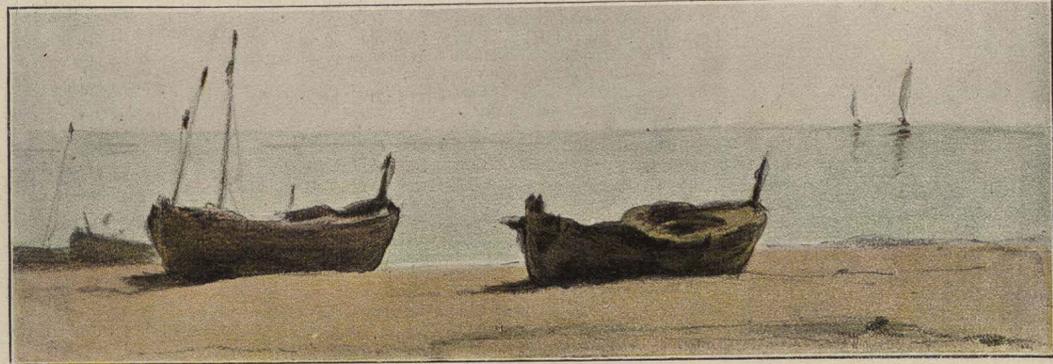
FIL. — Déjalos, déjalos; no temas, no van á comerme. Es esta la educación que habéis recibido? Así pagáis?

CÁRLOS. — D.^a Filomena, se calla V. ó soy capaz...

ISAB. — Hijo!!!



Colección de don R. Casellas.



ESCENA IX

Dichos, D. RAMÓN

RAM. — ¡Cárlos! De lo que eres capaz, todos lo sabemos.
 CÁRLOS. — Es decir que...
 RAM. — Basta!
 CARM. — Mamá, cuando venga papá dile que estoy en mi cuarto.



Propiedad de don Eduardo Pujol.

RAM. — No llore usted. Isabel, acabará por perderla enteramente y nadie lo pagará más que V... A ver el pulso; pero qué? no ha tomado nada todavía? Por Dios! Hija, eso no puede continuar... si no nos cuidamos... Mira, Filomena, acompáñala al comedor, distráela, haz que tome una taza de caldo, un vaso de leche y luego unos bizcochos con vino. Vamos, vamos, tranquilícese. Si salen yo me encargo...

ISAB. — Ay! Ramón! sobre todo...



Propiedad de don B. Barral.

RAM. — Nada tema; ya sabe como lo arreglo, por la buena; confie V.
 FIL. — Déjala por mi cuenta. Ven, hija, ven... ánimo, Isabel. Qué diantre, tras la tempestad viene la calma. (*Mutis las dos*).

ESCENA X

D. RAMON, MAURICIO, luego CARLOS y CARMEN



Album de don E. Castelar.

RAM. — Mucho! Mucho cuidado me da esta pobre Isabel. (*Timbre*). Oye, Mauricio: en cuanto la señora haya tomado el caldo, prepararás una toma con dos papeletos; supongo que los habrá todavía.

MAU. — Sí, ceñó; y aluego, á las dos horas, otro.

RAM. — Eso es; como ayer.

MAU. — Hay que echarle también unas gotas de éter?
 RAM. — Vaya, seis gotas; te acordarás?
 MAU. — Descuide, V., D. Ramón.
 RAM. — ¿Qué tienes que hacer ahora?
 MAU. — Pue, lo que V. me mande.
 RAM. — Ya lo sabes: cuidar á la señora... y que estés pronto para cuando llegue el señor. No puede tardar, hay que prevenirlo todo... y que Dios nos ayude.

MAU. — Todo está ya dispuesto, D. Ramón. (*Mutis Mauricio*).
 RAM. — Vamos á ver como lo toman. (*Llamando*). Carmen...! Carmen! Haz el favor... Cárlos; sal tú también.

CÁRLOS. — ¿Qué quiere usted; nada tengo que hacer aquí.

CARM. — Ni yo.

RAM. — Ven, hombre, ven y escucha; y tú, Carmen, también, escuchadme los dos: seamos buenos amigos. Si os llamo es para vuestro bien. Esta mañana he visto á vuestro padre; lo sabe todo...! (*Con intención á uno y á otro*). Todo! A no mediar yo os mata. Ya conocéis su carácter. Está decidido; yo hice cuanto pude para evitar un nuevo disgusto á vuestra pobre madre.

CÁRLOS. — No: si por mí no ha de tener ningún disgusto; que me toca ser soldado y papá quiere que vaya, pues iré y se acabó. Por lo que me divierte la vida que llevo metido en mi cuarto, haciendo siempre el papel de traidor!

RAM. — Ay! Pobre Cárlos! Cree que me das lástima... Y tú, Carmen?



CARM. — Sí, ya lo sé: al Sagrado Corazón, con Sor Adela. Pero lo que es monja, cá! Que no lo seré nunca, jamás! Jamás! Jamás!

RAM. — Carmen... que no tienes vocación lo sabemos hace ya mucho tiempo, quizá demasiado, pero no se trata ahora de eso. Lo que tu padre quiere, es hacerte cambiar de vida, sujetarte por una temporada. Sor Adela es muy buena, pero tiene carácter, mientras que vuestra madre...

CARM. — Sí: la mataría á disgustos; también hace tiempo que lo sabemos.

RAM. — Entre los dos quizás sí la mataréis.
 CÁRLOS. — Esta tiene mucha más culpa que yo! Mucha más! Claro: como que es su ojito derecho, ella...

CARM. — Ella qué? Ella qué? Qué hago yo, vamos á ver? Qué he hecho? Que me paso el día en el balcón; que descuido la casa, que no me gusta coser; pues mira, Cárlos, soy así, no lo puedo remediar; confieso que todo ello es horroroso, criminal.

CÁRLOS. — De si es ó no es criminal, ya está enterado papá.

CARM. — ¿Y de tus estafas, no está enterado?

CÁRLOS. — Carmen! Carmen!

CARM. — Jugador, tramposo.

CÁRLOS. — Carmen! Que haré un disparate.

RAM. — Basta! No gritéis; si se entera vuestra madre...

CARM. — Que se entere, mejor, y á mí qué.

CÁRLOS. — Lo está usted viendo? Claro, como que sabe que cuenta con su apoyo!

CARM. — Sí, sí: jugador, estafador y ladrón.

CÁRLOS. — Carmen! Como hay Dios, callarás. (*Le da un bofetón*).

RAM. — ¡¡¡Carlos!!!



(.) La distinguida primera actriz Carlota de Mena se encargó de este personaje, inferior á su categoría, haciendo de él una verdadera creación.

ESCENA XI

Dichos, D.^a ISABEL, D.^a FILOMENA, luego DON PABLO, seguido del número y la recadera.

ISAB. Y FIL. — ¿Qué es esto? ¿Qué sucede? Carmen! Carlos...! Hijos...!

CARM. — Mamá, me ha pegado.

CÁRLOS. — Mentira.

FIL. — Mal corazón.

CÁRLOS. — La mataré. (*Todo muy rápido*).

RAM. — Vuestro padre.

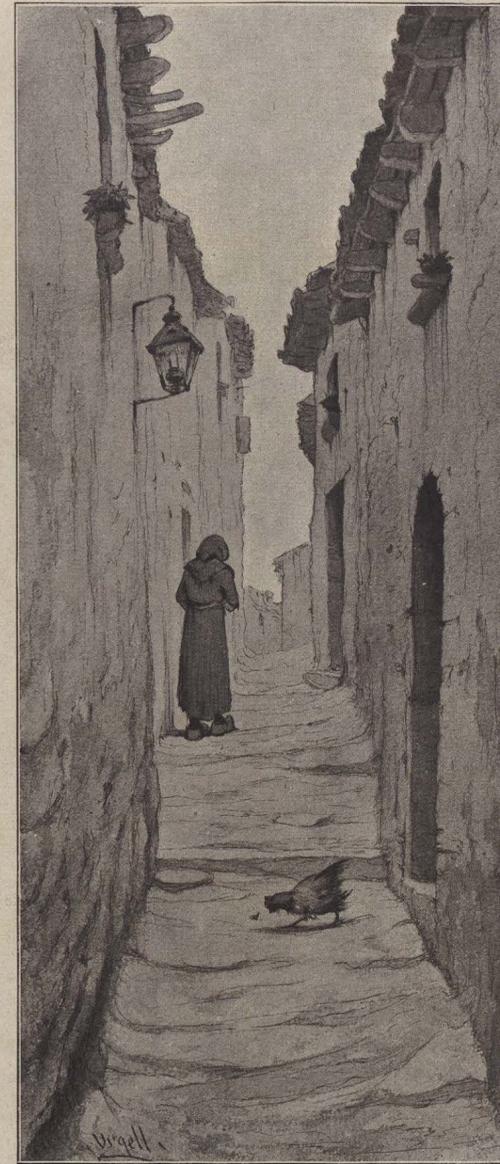
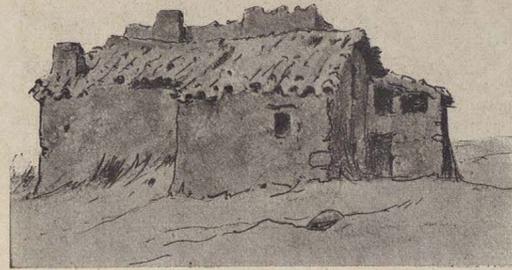
PAB. — (*Pausa*). Cárlos: sigue al señor; ya sabe ingresa como recluta en el regimiento de Navarra. Cárlos... (*Indicándole con una mirada á su madre, á quien besa la mano. Luego mutis Carlos*). Señorita Carmen! Ahí tiene V. quien la conducirá al convento. Sor Adela queda autorizada desde este instante para ser su única y exclusiva superiora. (*Mutis falso*).

FIL. — Ni un adiós á su mamá?

CARM. — No quiero darle más disgustos.

PAB. — (*Imponiéndose*). ¡Señorita Carmen...! (*Carmen se acerca tímidamente á su madre; ésta le da un beso en la frente y exclama intercediendo*): ¡¡¡Pablo...!!!

PAB. — (*Con energía*). Abajo espera el coche. (*Mutis Carmen*).



ESCENA XII

D. PABLO, D.^a ISABEL, D. RAMÓN, D.^a FILOMENA y MAURICIO

ISAB. — Hija! Carmen! Se me parte el corazón! No puedo más. (*Desmayo*).

PAB. — Isabel...! Isabel...!

RAM. — Mauricio, vivo: agua, éter. No hay para qué alarmarse: es un desmayo... Ya vuelve en sí... Animo, ya pasó.

FIL. — Lloro, hija, lloro, es preferible.

RAM. — Aquí no está bien; conviene llevarla á su cuarto... Está helada; es preciso acostarla en seguida.

PAB. — No te asustes... Apóyate en mí.

FIL. — Animo, Isabel...! No será nada. (*Mutis los tres*).

ESCENA ÚLTIMA

D. RAMÓN y MAURICIO, luego D. PABLO

RAM. — Mauricio: corriendo, á la farmacia Balasch; esta receta... (*Escribiendo*). Llévate la llave. (*Mutis Mauricio*). ¡Quiera Dios darla fuerzas... y que aún sea tiempo...! ¡Pobre Isabel! ¡Pobre Pablo...! (*Queda pensativo. Pausa*).

PAB. — (*Asomando y descompuesto*). Ramón! Ramón! Haz el favor; corre; por Dios!

RAM. — Voy! Voy! ¿Qué pasa...? ¿Qué ocurre? (*Mutis corriendo hacia el cuarto de D. Pablo*).

TELÓN RÁPIDO